

Diario Vivir

compartiendo contigo

el Dios de los días oscuros

Por Emma V. Cintrón
REDACCION EL MUNDO

“
Todos tenemos
nuestros días
oscuros, pero
debemos cuidarnos
de no darle un tinte
sombrio a nuestra
existencia. En
presencia de esos
días tenemos un
Dios con quien
contar, uno que nos
dice que ‘aún
cuando andemos en
el valle de la
sombra de muerte
no temeremos
porque sabemos
que El está con
nosotros...’
”

El doctor Miguel Limardo—pastor, trabajador social, orador, autor de siete libros e innumerables mensajes de inspiración y aliento—se encuentra muy enfermo en el Hospital Auxilio Mutuo. El, a quien continuamente se le veía por pasillos y habitaciones de hospitales llevando consuelo y valor a los enfermos, está allí ahora esforzándose por reconocer y ofrecer su mano a los que lo aman y han sido inspirados por él.

Como un homenaje al autor de *Luces Encendidas*, quien ha ayudado a muchos en sus noches lóbregas cuando la fe era acosada por las dudas y el dolor les nublaba las esperanzas, comparto contigo una síntesis de su artículo “El Dios de los días oscuros”, confiando que lo recibas con la misma intensidad que Don Miguel le ha impartido a todo su ministerio de consolación y fe.

Deseo presentarnos al Dios de los días oscuros, nublados y tristes. Esos cuando sentimos que la carga se nos hace más gravosa, el dolor más agudo y toda la vida se llena de tedio y soledad.

Carlos Wagner, el autor de *Vida Sencilla* lo señala así: “No basta creer que el Dios de los soles levantes, de las claridades astrales, de la poderosa irradiación de luces interiores. Hay que creer en el de las noches largas y los días malos, el que en la más oscura enrejada de la vida nos estreche la mano y nos diga: aquí estoy junto a ti”.

La Biblia en el intenso dramatismo humano de sus páginas nos habla de hombres y mujeres que vivieron días oscuros. Podríamos hacer un recuento de los días nublados de Jacob, Moisés, Elías, Noemí, Pablo. Y aún de los de nuestro Señor Jesucristo cuando abandonado de cielo y tierra lanza su angustioso grito: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”.

¿Quién de nosotros no ha tenido sus días oscuros? Indudablemente que todos. La vida no es nada más que una sucesión de días en los cuales alternan los claros y los nublados, los alegres y los tristes. Muchos han llegado a creer que más son los oscuros y nublados que los felices y sonrientes.

Hay en México un árbol que llaman el árbol de la noche triste. Al abrigo de sus alas el conquistador Hernán Cortés lloró su derrota en manos de Guatimocín. Todos los hombres, en cierto modo, tienen su árbol de la noche triste bajo el cual han llorado una pena o probado hasta las heces la copa de la amargura.

El que observa cuidadosamente la vida habrá

notado que los artistas tienen días en los cuales los dedos a duras penas se quieren mover, que las manos se muestran reacias sobre el teclado o el pincel. Los comerciantes hablan de días en que las provisiones se echan a perder y los negocios se paralizan. Las amas de casa saben de días cuando las cosas se descomponen y la paz del hogar se ve amenazada.

Hay quienes dicen que las penas se juntan y vienen a la vez para entristecer la vida de los pobres mortales. Sucede muchas veces que cuando se pierde el empleo también se enferma un hijo, o se muere alguien en el hogar. Tras esa muerte a veces nos sobreviene la decepción de la persona en quien cifrábamos nuestra esperanza, o el amigo en quien confiábamos se retira de nuestro lado.

¿Cuántos nos aferramos únicamente a un Dios para los días claros y sonrientes? ¿Para cuándo las cosas van bien y hay salud y abundancia de pan?

Entonces cuando las cosas se descomponen viene la enfermedad, cuando el pan escasea y el cielo se nubla nos sentimos inseguros y comienzan las quejas. ¿Qué hace Dios que nos deja solos, que no acude en nuestra ayuda?

Mal nos sirven nuestros conceptos de Dios y los razonamientos acerca de sus atributos, la asistencia a la iglesia y nuestras obras de caridad si cuando llega la hora oscura ese Dios se queda tan lejos como la distancia que separa el mismo cielo de la tierra.

Necesitamos un Dios con el cual podamos contar en todo momento. Uno que se nos acerque para sentirlo en cada hábito de nuestro existir. Un Dios que como decía Unamuno “podamos creer en El como creemos en nuestros amigos porque sentimos el aliento de su cariño, su mano invisible e intangible que nos lleve, nos traiga y nos estructure”.

Todos tenemos nuestros días oscuros, pero debemos cuidarnos de no darle un tinte sombrío a nuestra existencia. En presencia de esos días tenemos un Dios con quien contar, uno que nos dice que aún cuando andemos en valle de sombra de muerte no temeremos porque sabemos que El está con nosotros.

El alma que confía en El permanece tranquila porque hay una lucecita que resplandece en su corazón. Sabe que si espera un poco todo saldrá bien y vislumbrará la llegada de mejores días.

El Dios de los días oscuros es también el Dios de Jesucristo. Por eso son felices los que pueden decir con el poeta cristiano:

Ya está llena de luz el alma mía
No necesito más la claridad
La noche melancólica y sombría
Ya perdido para mí su potestad.